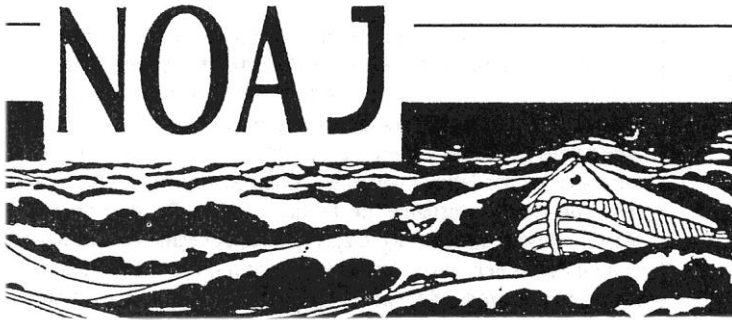




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Goloboff, Gerardo M. Donde se cuenta cómo y cuándo estuvo en Jerusalem el soñador de Smith. pp. 37-39

Donde se cuenta cómo y cuándo estuvo en Jerusalem el soñador de Smith

A Leo Senkman, Capitán, y a los demás tripulantes israelíes de NOAJ,
porque ellos velan por la especie.

G.M.G.

Y sí, yo debo habérmelo imaginado, porque mirá con lo que fui a soñar, esta noche, justito: pues que andaba por Jerusalem. ¡Yo! ¡Cosa de no creer! Mirame vos a mí, que no salí de Smith ni cuando jugó Boca en Algarrobos, allí, en Jerusalem, en el centro de los grandes vientos. Debe ser lo que comimos todo el día ¿no? O eso que te conté ayer, de aquellas gentes que venían, y de golpe paralizaban la pampa de los sábados, mientras los gauchos se dejaban chupar por el mate, y miraban con los ojos secos el disfraz de los recién llegados. O, por lo que verás al final del sueño, lo que ha estado lloviendo desde anoche, sin parar.

Bueno, vaya a saberse al fin de cuentas por qué sueña uno lo que sueña, la cuestión es que ahí estaba yo, orondísimo y, lo que es todavía mejor, caminando. De un lado para otro, meta subir y bajar por las callejuelas de la Ciudad Vieja, pasar por los ojos de aguja de la Vía Dolorosa como si fuera pobre, que lo soy, y flaco que lo dudo, remontarme el Monte de los Olivos, cabecear el Scopus, dar mil vueltas por las colinas, qué sé yo... Y lo que más me asombraba, aunque eso ya no sé si lo veía o lo pensaba o qué, porque en los sueños ya sabés que los colores no se ven, era ese tono dorado que salía de las paredes, de las casas, de las piedras, y hasta de las caras de la gente si no me acuerdo mal, y que lo cubría todo, el aire, lo que quieras.

Pero, fijate, esas cosas que solamente pasan en los sueños: encima, en Jerusalem había mar, un mar inmenso, que nunca vi, claro, ni acá, y yo era una suerte de Noé, porque en realidad lo que andaba haciendo era buscar animales, especies de todas las razas y pelajes, para subirlas al Arca. Porque parece que la violencia de aquí

**Gerardo M.
Goloboff**

CREACION

Narrador, poeta y crítico argentino, residente en Francia. Enseña literatura latinoamericana en universidades de Tolouse y en París, y dictó un curso en 1987 en la Universidad de Jerusalem. Poesía: Entre la diáspora y octubre (1966). Novelas: Caballos por el fondo de los ojos (1976); criador de palomas (1984);

La luna que cae y
El soñador de
Smith (en
prensa). Ensayo:
Leer Borges
(1978).

se había repasado, y toda la carne estaba corrompida. Eso o algo parecido era lo que escuchaba, ¡vea usted!, o me decían, o diría yo mismo en sueños.

Así que andaba a los saltos porque siempre me faltaba algún animalejo, o se me mezclaban los de aquí con los de allá: cuando encontraba un camello me faltaba una mulita, y cuando tenía la pareja ya bien armada acá, había siempre algún pájaro de esos medio orientales que se me perdía en el aire. Cosa de locos, con un trabajo de nunca terminar. Así que al rato de acostarme, porque parece que todo eso lo soñé enseguida, me desperté asustado, y mucho más cansado que antes, y a lo mejor habría pasado media hora nomás desde que nos fuimos a dormir. Claro que serían horas de las bíblicas, que por ahí te duran doscientos años, pero así son los sueños, viste, y es lo que te hace pensar que hasta el mundo es irreal puesto que cualquier inmensidad llega a caber en un poco de recuerdo...

El Soñador se quedó con los ojos entrecerrados, como viendo esas grandezas de las que hablaba, mientras fuera empezaba a levantarse el calor. Las nubes abundaban todavía más que antes, pero todavía sin llover.

En la cocina, que casi siempre estaba a oscuras, el aire, sin movimiento alguno y aparentemente sin contactos bochornosos con el exterior desde mucho tiempo atrás, estaba bastante fresco. De cuando en cuando, no se sabía por dónde, entraba alguna mosca. Si eso, pese a lo reservado y casi inexpugnable de la atmósfera, llegaba a suceder, oportunos repasadorazos de Victoria

ejecutaban a la intrusa en un segundo. En tales circunstancias, el ambiente se agitaba, y las corrientes producidas daban la impresión de provenir de las aspas de un gran ventilador. Atento como estaba al escenario entre edénico y apocalíptico que el Soñador le describía, el Pibe no dudó que tales ventoleras guardaran estrecha relación con las imágenes sagradas.

Advirtiendo entonces el ensimismamiento repentino de su interlocutor, iba a preguntarle si le pasaba algo, cuando el otro, al ver sin duda el gesto casi imperceptible, dejó oír en un hilo de voz: Pensamientos nomás, cosas que le cruzan a uno...

Luego de unos pocos instantes, animado por un mate y quizás por el interés de no dejar para siempre trunco el relato de su sueño, aseguró: No vayas a creer que es la primera vez. En Jerusalem, sí; allá jamás estuve antes, claro. Pero la cuestión del Arca y todo eso, no, no es nueva. Y viste lo que a veces son los sueños... Te siguen en la cama como si fueran novelas de aventuras o tiras cómicas. Hay gente que tiene eso, y parece que ahora se me da por ahí a mí también. Noches en que no, pero, en cuanto menos te esperás, vuelven. Y ya me ves de nuevo, buscando animalitos...

Otra vez estaba entusiasmado. Los dedos hurgaban, ora el apoyamanos del sillón, ora una galleta que había quedado sobre la mesa e iba, por su empecinamiento, reduciéndose a polvillo. En ocasiones, alguna miga quedaba incrustada en los resquicios de la madera; el índice o el meñique pugnaban entonces desesperada e infructuosamente por sacarla de allí. Pero el relato proseguía, independiente, como si esos trabajos, en lugar de distraerlo, estimularan su concentración.

Noches o siestas en que no, repitió con un pesado cabeceo, pero, de golpe, sí. Capaz que insisten por el hecho de que es difícilísimo dar con tantos, para que salga bien... Y es así de arvesado porque no hay que confundir los de allá con los de acá, será por eso que me vienen en etapas, como las cintas de episodios. Aparte de que, muchas veces, ni con los propios animales conocidos podés diferenciar: ¿qué lechuzas son? ¿las de allá o las de aquí? ¿Y qué avestruces, eh? Claro, fácil es con camellos, porque yo no he visto más que el que lleva en su sobretodo el escribano Sala, o con los cocodrilos, que me parece haber reconocido a varios en carteras de damas vecinas, pero cuando tenés que andar cazando conejos o liebres ahí te quiero ver, la cosa se complica bien en forma...

Ya no te digo buhos, ranas, ratones o lagartos: con éstos hasta podría aguantármelas. Pero están unos de nombres medio raros, o que por ahí no tenemos la costumbre, o que a lo mejor los conocés con otra manera de llamarlos y se te mezcla el estofado, como el azor, el quebrantahuesos, el milano, el somormujo, el ibis, la abubilla, el hagab y el argol, y ya ni me recuerdo cuántos otros que por ahí son nombres nada más, como el de todas esas gentes que tengo en la cabeza, y a veces me pregunto para qué demonios llevaré tal cantidad almacenada como si las palabras quisieran decir algo, solas, separadas de las cosas, por la música, su canto, su formación, el ruido, el cosquilleo que te pasan por la oreja o a veces en el cuore haciéndote sentir que lo que dice esa palabra es sólo para vos...

¡Qué sé yo! Ya el lío empieza con las primeras órdenes. Primero, era que de cada especie tenía que meter una pareja. Al

rato, la cuestión se enreda: resulta que ya no es una, sino siete. Y hacer bien la diferencia entre animales limpios, que quién va a saber los que son porque lo que se dice limpio ningún animal es, y si te ponés demasiado exigente terminás comiendo nada más que arvejas...

Bueno, después estaban las aves, que ésas no deben ser sucias porque hacen sus cosas en el cielo, y no tenés lugar más puro. Y después animales de tierra, y de agua, de bosques, montes, selvas, desiertos, calles públicas, placitas... En fin, que de todo lo que vive en carne, ya tenía yo que ir agarrando lo que pudiera, y que no se me fuese a escapar algo que alentaba de espíritu de vida en sus narices, o se movía o se arrastraba, porque para eso había yo tenido la ocurrencia de soñarme de Noé. Y sin contarte la comida, puesto que debía andar buscando lo que te venga a la cabeza, un poco de cada alimento que alguna vez en algún tiempo haya servido para meterse en boca de alguien, porque había que salvarlo todo, y aquello parecía otra que el almacén de Folch, una película de Cecil B. de Mille.

Ahí tenés una maratón, un entrenamiento de pulga, porque me pasaba saltando de un lado para otro detrás de todas las especies. Te juro que de sólo contártelo me canso, así que imagínate lo que será dormir con ese zoológico multiplicado, en esa calesita. Pero, claro, te reconozco que lo más difícil no es estar ahí, porque de un movimiento de cabeza te salís, para eso es sueño. Y soñar, sabés, no es nada. Al fin de cuentas, cualquier infeliz sueña. Lo bravo es después, cuando tenés de desoñarlo. Ahí precisás un diván de tres mil metros ¿no?

Donde se cuenta cómo y cuándo estuvo en Jerusalem el soñador de Smith